
EL CONCEPTO DE EDAD MEDIA EN HENRI PIRENNE.
TRANSICIÓN HISTÓRICA Y CHOQUE DE CIVILIZACIONES
ENTRE LA ANTIGUA ROMA Y LA EUROPA CRISTIANA

*THE CONCEPT OF THE MIDDLE AGES IN HENRI PIRENNE.
HISTORICAL TRANSITION AND CLASH OF CIVILIZATIONS
BETWEEN ANCIENT ROME AND CHRISTIAN EUROPE*

SERGIO FERNÁNDEZ RIQUELME

Universidad de Murcia

serferi@um.es

Resumen: Las etapas de la Historia son creaciones para dar principio y fin cronológico a las diversas fases de nuestra evolución colectiva, acotando con fechas y hechos grandes periodos civilizatorios, de manera teóricamente didáctica pero en ocasiones con motivos ideológicos. Pirenne cuestionó, al respecto, la tradicional división y sus fundamentos puntuales, con motivo del nacimiento de la Edad Media. Para el historiador belga, uno de los grandes medievalistas del siglo XX, los procesos de ocaso y génesis siempre son de más alto calado y duración, como demostraba su tesis: durante varios siglos Romania, o la civilización sociocultural romana entre la antigüedad y el cristianismo, sobrevivió a las invasiones germanas y a la caída de la “Ciudad Eterna”, dando paso al verdadero *Medievo* tras el increíble impacto del Islam en el Mediterráneo y la nueva etapa abierta por el Imperio carolingio. Entre Mahoma y Carlomagno surgió la Europa cristiana, medieval y feudal que, para Pirenne, marcaría los destinos de Occidente hasta el inicio del Renacimiento.

Palabras-clave: Carlomagno, Edad Media, germanos, Imperio, Islam, Pirenne, Romania.

Abstract: *The stages of History are creations to give a chronological beginning and end to the various phases of our collective evolution, delimiting great civilizing periods with dates and events, theoretically didactic but sometimes with ideological reasons. Pirenne questioned, in this regard, the traditional division, and its specific foundations, on the occasion of the birth of the Middle Ages. For the Belgian historian, one of the great medievalists of the 20th century, the processes of decline and genesis are of greater significance and duration, as his thesis demonstrated: for several centuries Romania, or the Roman sociocultural civilization between antiquity and Christianity, it survived the German invasions and the fall of the "Eternal City", giving way to the true Middle Ages after the incredible impact of Islam in the Mediterranean and the new stage opened by the Carolingian Empire. Between Muhammad and Charlemagne, Christian, medieval and feudal Europe emerged, which would mark the destiny of the West until the beginning of the Renaissance.*

Keywords: Charlemagne, Middle Ages, Germans, Empire, Islam, Pirenne, Romania.

1.- Introducción. La noción de *Medievo* en la obra de Henri Pirenne.

La ciencia de la Historia tiene que reconstruir el pasado desde el presente, a partir de los hechos y las evidencias que se demuestran en el espacio y en el tiempo, y escribiendo esa crónica (historiografía) usando conceptos que permitan una interpretación global a sucesos generalmente parciales o fragmentados y una narración desde el lenguaje más certero¹. Y debe hacerlo revisando lo antes explicado y lo antes escrito, aportando nuevas nociones e ideas para comprender la evolución de pueblos y mentalidades. Así lo hizo, a contracorriente, uno de los grandes historiadores del siglo XX, el belga Henri Pirenne (Verviers, 1862- Uclée, 1935) desde su original y documentado análisis socio-económico de la Edad Media (*Moyen Âge*)².

Pirenne alcanzó el reconocimiento, pero también el rechazo paralelo (desde las escuelas descriptivas tradicionales), por la famosa “Tesis Pirenne”³, o definición dada a su interpretación sobre el tránsito de la Antigüedad romana a la Europa medieval en el contexto de conflicto entre la obra de Carlomagno y la de Mahoma, en especial desde la comparación entre las pretensiones y herencias de ambas figuras históricas. En ella partía de que todas las etapas históricas creadas y usadas son paradigmas artificiales, con finalidad comprensiva y didáctica, pero que no pueden limitarse como compartimentos estancos; por ello pueden y deben ser cuestionadas tanto las grandes periodizaciones universales como las fases más concretas o locales. Y nada mejor, como hizo Pirenne, que reflexionar sobre el *Medievo*⁴: por su extensa duración y por la mitificación, especialmente negativa, que se hizo sobre ella desde la ilustrada “era de las luces” y que, injustificadamente, persiste en una notable parte de historiografía

¹ Como es obvio, para comprender la génesis y los usos de estos “conceptos históricos” hay que remitirse a la obra de KOSELLECK, Reinhart: *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Editorial Trotta, 2013.

² Este es, sorprendentemente, uno de los pocos estudios en español del trabajo de Pirenne: LÓPEZ DE LA PARRA, Manuel: “Henri Pirenne, el historiador y el ideólogo”, en *Investigación Económica*, Vol. 43, nº 170, octubre-diciembre de 1984, pp. 331-349.

³ Sobre su obra, especialmente sus trabajos sobre el nacionalismo liberal belga, véase DALE LYON, Bryce: *Henri Pirenne. A Biographical and Intellectual Study*. Gand, Story-Scientia, 1974.

⁴ Desde el siglo XVII, y gracias a Cristóbal Keller (Cellarius) nuestra evolución se dividió en la “Historia antiqua” (hasta Constantino), la “Historia mediævi” (hasta la caída de Bizancio) en poder de los turcos) e “Historia nova” (“ad nostra tempora”). División que, con una pequeña variación (división entre la era moderna y la era contemporánea), ha llegado hasta nuestros días, tanto en la ciencia histórica y como en la cultura popular. La periodización y la interpretación de la Edad Media comenzaron con su *Historia Medii Aevi a temporibus Constanini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam deducta* (1688).

contemporánea y del imaginario colectivo (como ya anunciaba el legendario jurista Jean Bodin, cuando en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* de 1566 definía a la Edad Media como “doce siglos de barbarie universal”). Y por ello Giuseppe Sergi recordaba que:

“En nuestros días la Edad Media funciona como un «otro lugar» (negativo o positivo), o como una «premisa». En el «otro lugar» negativo hay pobreza, hambre, peste, desorden político, abusos de los latifundistas contra los campesinos, supersticiones del pueblo y corrupción del clero. En el «otro lugar» positivo hay torneos, la vida de la corte, elfos y hadas, caballeros fieles y príncipes magnánimos”⁵.

Esta tesis nacía de un paradigma desarrollado años antes, en sus estudios sobre la vida de las ciudades medievales y los factores socioeconómicos decisivos. Un paradigma centrado en la síntesis histórica y el método comparativo, que se convirtió en referente notable en el nuevo debate historiográfico nacido a comienzos del siglo XX entre el positivismo y el historicismo, generando una profunda controversia con la presentación de sus estudios urbanos medievales en el V Congreso Internacional de Ciencias Históricas del 9 de abril de 1923⁶, un intenso debate académico con Alfons Dopsch sobre sus conclusiones, y un gran interés en la emergente forma de hacer historia que impulsaron Lucien Febvre y Marc Bloch con el proyecto de los *Annales*. Pero Pirenne no solo cuestionaba directamente una etapa o unas fechas concretas (sobre el final de la Antigüedad y comienzo de la Edad Media), sino a la misma historiografía tradicional y sus formas de usar las fuentes y de establecer relaciones (como en el caso de sus primeros estudios sobre el desarrollo del mundo urbano). Intentaba superar, con ello, la simple descripción de sucesos acaecidos, apostando por la interpretación comparativa y relacional, integrando en el análisis los factores sociales y económicos decisivos (usando datos e interpretaciones de la historia económica del momento, como las aportadas por Werner Sombart o Karl Lamprecht), y planteando hipótesis de trabajo sobre los mismos. En este sentido, desde su puesto de profesor y rector de Gante, Pirenne fue considerado como lectura decisiva para los promotores de *Annales*⁷, no solo por promover una nueva forma de entender la Edad Media en su nacimiento o

⁵ SERGI, Giuseppe: *La idea de Edad Media. Entre el sentido común y la práctica historiográfica*, Barcelona, Editorial Crítica, 2001, pp. 22-23.

⁶ EFFROS, Bonnie: “The Enduring Attraction of the Pirenne Thesis”, en *Speculum*, n.º 92/1, 2017, pp. 184-208.

⁷ AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio: *La corriente de los Annales y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia*. México, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, 1998, pp. 9-12.

en su transición a la época moderna, sino por su nueva manera de escribir la Historia que “re-evaluaba” conceptos y realidades más allá de mera descripción marcada por Ranke⁸.

Pirenne aportaba así, de manera novedosa, una interpretación general del pasado desde claves comparativas y relacionales de naturaleza especialmente socio-económica (“precursora” para algunos autores de la actual historia social, junto a los trabajos de Jean Jaures o Henri Hauser), también presente en sus diferentes estudios sobre el devenir de Bélgica (país del que fue ardiente defensor, desde un nacionalismo liberal e integrador de valones y flamencos). Por ello, la Edad Media debía entenderse desde la función valorativa de la Historia, no sólo describiendo lo que pasó, sino interpretando por qué pasó: una “re-evaluación” historiográfica capaz de generar hipótesis globales desde las fuentes y los datos, y que en este caso fuera capaz de explicar lo que supuso la fase medieval no como un simple paréntesis particular, sino como una etapa integrada plenamente en el curso del devenir de hombres y comunidades, espiritual y materialmente, que nace de un contexto previo (la Antigüedad) e influye en un tiempo posterior (la Modernidad)⁹.

Desde esta óptica y este método, Pirenne permitía entender mejor la larga y compleja Edad Media, superando los juicios dogmáticos o las etiquetas fijas. Como todo periodo humano, el *Medievo* mostraba un conjunto de momentos y lugares llenos de luces y sombras, y algunos de ellos de enorme importancia (como demuestra la medievalista Régine Pernoud) que venían del ayer y se proyectaban en el mañana. La revisión más actual encontraba, con ello, muchas luces más de las advertidas, que desarrollaban tradiciones y fundamentaban evoluciones: las batallas más crueles pero también las primeras universidades, determinados episodios de censura y persecución (que no son exclusivos de su tiempo) pero algunos avances técnicos trascendentales (el crucero de ojiva y del arbotante, la adopción de la pólvora y el papel, el desarrollo del molino de agua y la invención del molino de viento, el reloj mecánico y la brújula, las gafas y el botón), relaciones de vasallajes pero numerosos mecanismos pactistas y fueros urbanos (recordando las pioneras Cortes de León de 1188), el sencillo arte románico o el

⁸ VERHULST, Adriaan: “Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note”. *Revue belge de Philologie et d'Histoire Année*, nº 79-2, 2001, pp. 507-510.

⁹ DALE LYON, Bryce: “Henri Pirenne's *Réflexions d'un solitaire* and his re-evaluation of history”, en *Journal of Medieval History*, Volume 23, Issue 3, September 1997, pp. 285-299.

monumental arte gótico posterior, crisis socioeconómicas recurrentes pero el inicio de la misma ciencia moderna (con Alberto Magno, Bacon, Grosseteste, Peckham o Bradwardine)¹⁰. “Lo medieval” aportaba transiciones entre lo nuevo y lo viejo que había que comprobar en la vida y obra de reyes poderosos y masas de campesinos.

Así, la “Tesis Pirenne” sobre este periodo histórico de largo recorrido fue construida desde los datos económicos, especialmente comerciales, y las transformaciones sociopolíticas asociadas (como aprendió de su maestro Gustav Schmoller)¹¹, reivindicando el legado romano de la cultura francesa y franco-belga sobre el germano (siguiendo la estela de Fustel de Coulanges y Ferdinand Lot), y ya avanzada en sus estudios previos sobre las ciudades germen del capitalismo medieval en los Países Bajos (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). Y a partir de los cuales, Pirenne intentaba demostrar que la civilización romano-cristiana (cultural, social y económicamente) sobrevivió, en gran medida, al impacto de la progresiva entrada de las poblaciones germánicas (bárbaras) desde el siglo III d.C. y al final oficial del Imperio Romano de Occidente (de la mano de Odoacro, general hérulo al servicio del imperio, en el año 476)¹².

Era obvio que, formal y políticamente, sí se puso final al gobierno de Roma con la destitución de Rómulo Augústulo y con los nuevos reinos bajo control de las élites germanas en las antiguas provincias. La famosa *Pax Romana* pasaba a mejor vida. Pero pese a las evidentes turbulencias materiales y espirituales provocadas por la larga crisis del Imperio, entre crisis políticas (con once emperadores y siete usurpadores desde el año 407) e invasiones militares, el *Mare Nostrum* siguió siendo un mar romano, según Pirenne a nivel civilizatorio, ya que dichas élites germanas (en esencia las godas y francas) estaban muy romanizadas desde hace años, la mayoría de sus dirigentes se fueron convirtiendo paulatinamente al catolicismo, y se mantuvieron casi todas las estructuras previas (del idioma oficial a los servidores públicos), debido a su debilidad

¹⁰ PIRNOUD, Régine: *Para acabar con la Edad Media*, Mallorca, Ed. José J. De Olañeta, 1998.

¹¹ PIRENNE, Henri: *Historia económica y social de la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

¹² La periodización clásica y su visión “negativa” sobre la Edad Media la encontramos, por ejemplo, en Le Goff: “*la Edad Media duró mucho tiempo: ¡al menos mil años! Es verdad que, cuando se habla de ella, se suele pensar en el período que va desde el año 1000 hasta el 1500. Sin embargo, comenzó al menos cinco siglos antes, hacia el año 500, por tanto, a lo largo del siglo v d.C. En 476, el último emperador romano fue expulsado de Roma y reemplazado por un rey bárbaro, Odoacro. Esta fecha señaló el fin del Imperio romano, pero, además de este gran acontecimiento político, significó también el fin de la Antigüedad*”. LE GOFF, Jacques: *La Historia medieval contada a los jóvenes*. Barcelona, Paidós, 2017.

numérica, a su atraso cultural y al deseo declarado de parecerse lo más posible a la finiquitada entidad imperial que durante siglos era su propia tierra prometida. El ocaso terminal de esta civilización llegó, realmente para Pirenne, con la súbita e inesperada aparición del Islam, que en pocos años comenzó una expansión rápida desde sus bases árabes, y que en pocas décadas conquistó la orilla sur mediterránea, y que sustituyó directamente a la civilización romana en esos territorios. El nuevo mundo musulmán, con una fe y una lengua propia a imponer, nunca pretendió parecerse a los antiguos dominadores romanos.

El Califato islámico supuso la auténtica clave de ese tránsito del que hablaba Pirenne. Se rompió la unidad del *Mare Nostrum*, la Cristiandad se refugiaba hacia territorio continental, llegó el feudalismo ligado a la tierra ante la crisis de ciudades sin las tradicionales líneas comerciales, y el norte del continente apareció, por primera vez, como el núcleo de la herencia cada vez más lejana de la civilización cristiano-romana (con el surgimiento del Imperio Carolingio).

Una tesis historiográfica de choque de civilizaciones (trascendiendo las nacientes identidades nacionales) que, para Pirenne, se demostraba posteriormente: con la contraofensiva cristiana europea desde las Cruzadas (con sus siete ofensivas, entre el negocio y la fe) que permitió la temporal reconquista de Jerusalén, la nueva ofensiva musulmana a manos de la nueva potencia otomana que puso fin a los restos del viejo Imperio Romano de Oriente (los griegos de Bizancio¹³), y la penúltima victoria occidental tras la Primera Guerra Mundial (con la recuperación colonial del Mediterráneo tras la capitulación de Estambul). Con ello Pirenne demostraba la conclusión de Gelzer:

“todas las periodificaciones y delimitaciones en el curso de la Historia Universal son sólo condicionales y, por ello, completamente voluntarias. La Historia misma, en la que cada acontecimiento está en relación causal con el que le sigue, no hace ningún corte, es un continuo sucesivo”¹⁴.

¹³ La denominación “bizantina” fue creada por la literatura de la Edad Moderna para subrayar la naturaleza esencial y finalmente helénica de dicho Imperio. Se apelaba a la tradición del mítico Bizante, que había fundado esta ciudad legendaria a orillas del Bósforo como la Byzantion griega. Urbe rebautizada un milenio más tarde por el emperador Constantino I con su nombre: Constantinopla (la *Tsargrad* para los eslavos ortodoxos, o “la ciudad del César”). OSTROGORSKY, Georg: *Historia del estado bizantino*, Madrid, Akal, 1983, pp. 15 y ss.

¹⁴ Recogido en BAUER, Wilhelm: *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Bosch, 1970, pág. 154.

2.- *Romania* sobrevivía

Roma no había muerto. Su lengua era la propia de los ciudadanos y gobernantes de los nuevos reinos germanos, el cristianismo seguía siendo la religión absolutamente dominante (incluso en la temporal creación arriana), el comercio mantenía patrones previos entre Oriente y Occidente, el arte de la transición era más cercano a la rica Constantinopla que a los bosques germanos. Solo la poco romanizada *Britannia* (con anglosajones de limitado contacto previo) rompía casi totalmente con una *Romania* que perdía su formato jurídico-político, pero mantenía su ideal y organización en la Iglesia Católica, suministraba el orden a las primeras asambleas regias de nobles bárbaros, pervivía en los sueños de los primeros monarcas germanos asentados tras superar los *limes* (y en sus necesarios servidores de origen romano), y sobrevivía en gran medida en las mentes y en las vidas de los habitantes del antiguo Imperio. Para Pirenne:

“De todos los caracteres de esa admirable construcción humana que fue el Imperio romano, el más sorprendente y también en más esencial es su carácter mediterráneo. Gracias a él, aunque griego en Oriente y latino en Occidente, su unidad se comunica al conjunto de las provincias. El mar, con toda la fuerza del término *Mare Nostrum*, transmite ideas, religiones, mercancías”¹⁵.

Esta era la “tesis” de Pirenne planteada en su obra magna *Mahoma y Carlomagno* (*Mahomet et Charlemagne*, 1937), en la que cuestionaba las clasificaciones, fechas y consensos existentes, que situaban el inicio de la Edad Media desde la caída de Roma en manos de las tropas hérulas¹⁶ (en especial la visión popular de Eduard Gibbon en su famosa obra *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*). Pero esta continuidad de *Romania*, combinando realidades paganas y cristianas desde la era de Constantino (y su mítica victoria en la Batalla del Puente Milvio), ya la había advertido en su primer artículo “Las ciudades medievales” (“Les villes du Moyen Âge, essai d’histoire économique et sociale”, 1927). En esta obra, y desde una historia inicialmente de base económica, subrayaba la decadencia de las ciudades post-romanas a partir de la ruptura de la unidad política y comercial del Mediterráneo tras las brutales razzias islámicas (y no desde las sucesivas oleadas bárbaras), y el comienzo paralelo de una nueva fase europea ligada al feudalismo continental.

¹⁵ PIRENNE, Henri: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 17.

¹⁶ PIRENNE, Henri: *Las ciudades de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

“Hay sin duda, en el terreno comercial, como en los demás, un retroceso debido a la barbarización de las costumbres, pero no existe un corte con lo que ha sido la vida económica del Imperio. El movimiento comercial mediterráneo prosigue con singular insistencia, Y lo mismo ocurre con la agricultura que, sin duda, sigue siendo la base de la vida económica, pero al lado de la cual el comercio conserva un papel esencial, tanto en la vida cotidiana -por la venta de especias, de ropas, etc.- como en la vida del Estado, por los recursos que le procura el peaje, y en la vida social”.¹⁷

De esta manera, la Alta Edad Media debía ser cuestionada para Pirenne. Esta no comenzaba, sin más, entre la primera invasión germana en toda regla en el año 376 y la caída de Roma en el 476. Durante varios siglos posteriores, en el seno de turbulencias y conflictos entre los recién llegados y los habitantes romanos, la adaptación de los ahora gobernantes fue mayor que la aculturación a la población mayoritaria. Desde la muerte de Teodosio (395) y la coronación de Carlomagno (800), *Romania* se mantenía en pie cultural, social, económica, e incluso ideológicamente, con ciertas transformaciones puntuales, como lo explica el finalmente infructuoso proyecto restaurador del Emperador oriental Justiniano, la referencia legitimadora en la Hispania romana por el Reino visigodo de Toledo, la sumisión “imperial” del rey ostrogodo Teodorico, o el matrimonio de rey visigodo Ataúlfo con la hermana del emperador Honorio, Gala Placidia. Sobre este último hecho, el historiador hispano-romano Paulo Orosio recogía la confesión del monarca gótico:

“Primero deseé con ardor borrar el nombre de los romanos y cambiar su imperio por uno gótico. La *Romania* se convertiría en *Gotia*; Ataúlfo hubiera reemplazado a César Augusto. Pero una prolongada experiencia me ha enseñado que la barbarie desenfrenada de los godos era incompatible con las leyes. Y sin leyes no puede haber Estado. He tomado el partido de aspirar a la gloria, pero al acrecentar y restaurar el nombre de Roma con la fuerza gótica, espero pasar a la posteridad como su restaurador, puesto que me resulta imposible suplantarla”¹⁸.

Los bárbaros estaban ya muy romanizados antes del asalto a las fronteras del Imperio, a excepción de los citados anglosajones (que dieron el salto casi inmediato a las islas británicas) o de algunos grupos rezagados (de los gépidos a los lombardos). Habían sido muchos años de contactos previos y de migraciones a uno y otro lado de las *limes*, y las “naciones bárbaras” presentaban una notable inferioridad demográfica (Jean Décarreux contabilizaba menos de 150.000 de francos, por ejemplo, para siete millones

¹⁷ PIRENNE, Henri: *Mahoma y Carlomagno*, pp. 95-96.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 21 y ss.

de habitantes de la Galia) y cultural (solo poseían escritura rúnica con fines exclusivamente religiosos)¹⁹. Por ello, la gran mayoría de reyes dominaban el latín e imitaban las modas romanas, muchos de sus dirigentes habían servido en el ejército o en puestos imperiales, y sus pueblos siempre en movimiento desde hace siglos ansiaban llegar a las ricas y cálidas costas mediterráneas. Su asimilación fue general entre las primeras naciones invasoras, pese a intentos de evitar su mezcla o el mantenimiento de algunas características propias. Entre sus viejas filiaciones (esencialmente militar) y su admiración por la civilización romana, todos querían su parte del pastel imperial, material o simbólicamente, como demostraron Alarico, Clodoveo, Gundobaldo, Eurico, Teodorico, Recaredo (e incluso el vándalo Genserico). Era muy obvio para Pirenne:

“Las instituciones tribales de los germanos no pudieron conservarse en los nuevos reinos fundados en el suelo del Imperio, en medio de una población romana. (...) Sin duda los reyes germánicos instalados en el Imperio fueron reyes nacionales para sus pueblos, *reges gentium*, como dice Gregorio Magno. Se llaman *reges Gothorum, Vandalorum, Burgundionum, Francorum*. Pero, para los romanos, son generales romanos a quienes el emperador ha cedido el gobierno de la población civil. Aparecen bajo esta etiqueta romana y se glorían de escribirla ante sí”²⁰.

Y adoptan poco a poco la nueva fe del Imperio, aunque en la clave profana tradicionalmente romana. Como recuerda Pirenne, las naciones más o menos romanizadas de francos, ostrogodos, visigodos, vándalos o burgundios (entre el arrianismo y el catolicismo) continúa el antiguo estado de cosas también en esta dimensión.

“El propio rey es un puro laico y ninguna ceremonia religiosa contribuye a su poder. La Iglesia le está sometida. Aunque en teoría los obispos son nombrados por el clero, en realidad, y muy a menudo, el rey los nombra directamente. También en este caso se trata de la antigua tradición de la Iglesia de Estado (...) Y la Iglesia se encuentra servilmente sometida al Rey”²¹.

Entraban y eran parte, por ello, de una *Romania* cristianizada, religiosa y culturalmente, con una Iglesia al servicio del poder político; pero que en el plano económico (con su comercio internacional) y político (con su rey absoluto y su burocracia electiva) aún respondía, para Pirenne a la civilización laica del Imperio

¹⁹ DECARREUX, Jean: *Les Moines et la civilisation en Occident: des invasions à Charlemagne*, Paris, Arthaud, 1962, p. 55.

²⁰ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, p. 39.

²¹ *Ibid.*, pp. 51-52.

nacido bajo Augusto. Cristianización iniciada, públicamente, el 27 febrero del año 380, cuando la fe en Jesús se convirtió en la religión exclusiva del Imperio Romano por un decreto del emperador Teodosio (el “Edicto de Tesalónica” o *Cunctos populo*). Texto donde se fundía la realidad judeo-cristiana y la tradición greco latina con siglos de paganismo oficial y décadas de brutales persecuciones de las iglesias cristianas que crecían por doquier tanto en las zonas orientales como occidentales del Imperio (comenzada bajo Nerón en torno al año 64, y continuadas duramente por Domiciano, Trajano, Adriano, Decio, Valeriano y Diocleciano).

La parcial conversión de Constantino “El Grande” había marcado el camino: en el “Edicto de Milán”) del 313 (*Edictum Mediolanense*)²² reconocía a los cristianos, junto a Licinio, la libertad para reunirse y practicar su culto sin miedo a la represión (ya planteada en el año 311 por el emperador Galerio en el “Edicto de Tolerancia de Nicomedia”); y en el Concilio de Nicea del año 325 consiguió la unión doctrinal y ecuménica de las diferentes corrientes cristianas, eso sí temporal, especialmente ante la difusión de las tesis arrianas (como en los inmigrantes germanos): acuerdo sobre la cuestión cristológica de la naturaleza del Hijo de Dios (y su vinculación con el mismo Dios), determinación de la festividad de la Pascua, promulgación del primer derecho canónico, y aprobación de la primera parte del llamado Credo o “símbolo niceno”:

“Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador de todas las cosas visibles e invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; unigénito nacido del Padre, es decir, de la sustancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; de la misma naturaleza que el Padre; por quien todo fue hecho: tanto lo que hay en el cielo como en la tierra; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó y se encarnó, se hizo hombre, padeció y resucitó al tercer día, subió, a los cielos, vendrá a juzgar a vivos y muertos; y en el Espíritu Santo. Y a los que dicen: hubo un tiempo en que no existió y: antes de ser engendrado no existió y: fue hecho de la nada o de otra hipóstasis o naturaleza, pretendiendo que el Hijo de Dios es creado y sujeto de cambio y alteración, a éstos los anatematiza la Iglesia Católica”²³.

Pero en el citado 27 de febrero de 380, el emperador romano de Oriente Teodosio (347-395) puso su firma, en presencia del emperador romano de Occidente Valentiniano (y su co-gobernante Graciano), en este decreto con el que daba al cristianismo rango de

²² POTTER, David: *Constantino el Grande*. Madrid, Crítica, 2013, pp. 21 y ss.

²³ GARCÍA-MURGA VÁZQUEZ, José Ramón: *El Dios del amor y de la paz*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1991, p. 238.

religión de Estado, la definía como Iglesia católica (es decir, universal), y declaraba paganas o heréticas al resto de creencias. Sobreviviría un siglo más el Imperio, pero ahora con una fe nueva, sin capacidad militar (como se demostró en Oriente con la derrota total de las tropas de Flavio Julio Valente ante los godos en la Batalla de Adrianópolis del 378), y con fronteras cada vez más permeables a las migraciones germanas (con pueblos enteros, instalados como *foederati*). Se anunciaba el fin del modelo político romano y mediterráneo, visible con la gran invasión de los “federados” visigodos de Alarico I sobre Roma en el año 410. Por ello, San Agustín de Hipona, en su trascendental *De civitate Dei contra paganos* (412-426) planteaba un contenido cristiano y universal distinto para salvaguardar la civilización de *Romania* ante el inevitable ocaso del Imperio en Occidente (separando lo político y lo espiritual, a diferencia de Bizancio).

En este contexto, a la cristianización cultural se unía la inevitable orientalización de *Romania*. Salvo el rey de los vándalos (desde Genserico o “el príncipe de la jabalina”), los reyes germanos de Occidente seguían considerando al Emperador de Oriente como el gran referente al que acudir o del que defenderse. Así lo entendió el mismo Odoacro (general hérulo al servicio de Roma), que no quiso proclamarse emperador tras deponer al último gobernante de Roma, y envió las insignias imperiales a Constantinopla, reconociendo formalmente al emperador oriental e isaurio Zenón (Tarasis Kodisas Rusombladadiotes), como el legítimo heredero y reunificador, aunque fuera solo simbólicamente. Pero décadas más tarde, el *Basileus* Justiniano “el grande” (Flavio Pedro Sabacio Justiniano) intentó, por última vez, reconstruir la auténtica y directa dominación política de las costas mediterráneas, recuperando de nuevo toda o parte de la *Romania*. En este sentido, Pirenne recordaba, así, que:

“No hay error mayor que creer que la idea del Imperio ha desaparecido después de la fragmentación de las provincias occidentales por los bárbaros. Nadie duda que el Βασιλεύς, que reina en Constantinopla, no extiende aun su autoridad teórica a todo el conjunto. Ya no gobierna, pero sigue reinando y hacia él se vuelven todos los ojos”²⁴.

Bizantinismo romano en plena expansión, para Pirenne. Primero en una dimensión militar: con el apoyo de los francos merovingios en la retaguardia y la

²⁴ PIRENNE, Henri, *op. ult. cit.*, p. 53.

dirección militar de los legendarios generales Belisario y Narsés, somete a los vándalos (tomando África y creando una prefectura en Cartago hacia el 534), conquista a los ostrogodos (reintegrando el territorio con la “Pragmática Sanción” del 554) y se hace con la costa sur de los visigodos en Hispania (creando la provincia de *Spania*, en plena guerra civil entre Atanagildo y Agila). Después, en el plano jurídico con la llamada “compilación justiniana” (528-534), revisando y actualizando el Derecho romano con un nuevo Código Civil (*Corpus iuris civilis*) compuesto por el Codex Iustinianus, el Digesto o Pandectas, las Institutas y las Novellae²⁵. Y, finalmente, con la acción religiosa centralizada, impulsando la ortodoxia del credo nicénico frente al monofisismo asiático, tolerado por Emperadores previos, como Zenón y Anastasio I, pero que provocaba una división central con la Santa Sede de Roma (y a la que Justiniano volvía a reconocer como la máxima autoridad eclesiástica), acabando con los últimos vestigios del paganismo (clausurando en el año 529 la Academia de Atenas), y reforzando la primacía de la autoridad imperial en el Segundo Concilio de Constantinopla de 553.

“El Imperio ha seguido siendo, a pesar de sus pérdidas, la única potencia mundial, igual que Constantinopla la más importante ciudad civilizada. Su política se extiende a todos los pueblos. Domina absolutamente la de los Estados germánicos (...) Y es seguro que ese Imperio se ha vuelto oriental”²⁶.

3.- El impacto del Islam

Tras la muerte de Mahoma comenzó uno de los hechos más impactantes de la historia universal. En pocas décadas, un ejército de fuerzas tribales, unidas por la nueva fe monoteísta del profeta árabe y desde un territorio prácticamente desconocido para los anales de la época, lograba vencer a los dos grandes imperios del momento: parcialmente al Imperio Romano de Oriente de Heraclio (arrebándole toda la costa africana del Mediterráneo y las regiones de Egipto, Palestina y Siria) y al Imperio Persa de Cosroes II (tomando todo el Oriente Medio). Para Pirenne “el éxito del ataque se debió al agotamiento de dos imperios, el Bizantino y el Persa, vecinos de Arabia, a consecuencia de la larga lucha que los había enfrentado”²⁷. A principios del siglo VIII,

²⁵ CABOT, José Tomás: “Justiniano: el gran emperador de Bizancio”, en *Historia y vida*, N.º. 401, 2001, pp. 40-49.

²⁶ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 60-61.

²⁷ *Ibid*, pp. 50 y ss.

los musulmanes llegaban incluso a poner pie en Europea Occidental, tomando zonas del sur de Italia (de Nápoles a Bari), conquistando toda la Península Ibérica al arrasar en pocos años a los duques visigodos enfrentados por el poder, y cruzando los Pirineos hasta enfrentarse en Poitiers con las tropas austrásicas de Carlos Martel.

Un siglo de asombrosa expansión, entre la Hégira (622), o migración de La Meca a Medina por Mahoma y sus seguidores, y la batalla de Poitiers (732), o principio del fin del avance árabe por Europa. Y sobre todo de choque civilizatorio entre la Cristiandad y el Islam; porque pese a su atraso histórico o su debilidad numérica, no se adaptaron o se fusionaron como los pueblos germanos, ya que para Pirenne,

“mientras que los germanos no tienen nada que oponer al cristianismo del imperio, los árabes están exaltados por la nueva fe del Islam, eso es lo que les hace imposible de asimilar. Islam significa sumisión a Dios y todos sus seguidores tienen el deber de imponerlo a los incrédulos, los vencidos son súbditos que deben obedecer a Allah. Y puesto que este era árabe, a Arabia. Su misión es islamizar y arabizar. Con la toma del norte de África por los musulmanes, la Romania retrocede, el mar mediterráneo se convierte en frontera entre dos civilizaciones enfrentadas”²⁸.

A finales del siglo VII comienza, así, el fin definitivo de la *Romania*. El Islam había roto la unidad del *Mare Nostrum*, y comenzaba a aumentar la división entre la *pars occidentis* y la *pars orientis*. Los llamados “califas ortodoxos” continuaron la misión mahometana, con un éxito casi sin precedentes: Abu Bakr as-Siddiq tomó el control definitivo de toda Arabia, Úmar ibn al-Jattab se hizo con el dominio de buena parte de Bizancio (Palestina, Siria, Egipto y Mesopotamia), Uthmán ibn Affán acabó con los persas sasánidas, y el “mártir” Ali ibn Abi Tálib dejó paso a la dinastía pro-siria de los Omeyas, bajo cuyo gobierno el Islam llegarían hasta las mismas puertas del Reino franco (tras someter a los visigodos hispanos):

“La ruptura de la tradición antigua tuvo como instrumento el avance rápido e imprevisto del Islam. Tuvo como consecuencia separar definitivamente Oriente de Occidente, ponen fin a la unidad mediterránea. Países como África y España, que seguían participando de la comunidad occidental, gravitan ahora en la órbita de Bagdad. Lo que aparece en ellos es otra religión, otra cultura en todos los terrenos. El Mediterráneo occidental convertido en un lago musulmán, deja de ser el camino de los intercambios y de las ideas que no había cesado de ser hasta entonces”²⁹.

²⁸ *Ibid*, pp. 60 y ss.

²⁹ *Ibid*, p. 228.

Pirenne demuestra con datos como se cierra el comercio del Mediterráneo occidental, y como las costas y los puertos del mar Tirreno se encuentran abandonados. Empero se abren otras rutas: del Mar del Norte a las Islas Británicas (con la sorprendente hegemonía de los Países Bajos), del Mar Báltico al Negro (apareciendo los escandinavos, que llegarían incluso a tierras de los eslavos orientales para fundar, como “varegos”, el Rus de Kiev), y del Mar Adriático al Égeo (con la preeminencia de la ciudad de Venecia como puerta a las mercancías de Bizancio, e incluso de regiones musulmanas). Así, la relación entre Oriente y Occidente se cortará durante siglos, y por primera vez en la historia el eje de la vida europea se ha desplazado hacia al norte del continente. Y en la vida de las ciudades Pirenne encontró la clave:

“una aglomeración urbana sólo puede subsistir mediante la importación de productos alimenticios que obtiene de afuera. Pero esta importación, por parte, debe responder a la exportación de productos manufacturados que constituye su contrapartida o contravalor. Queda instituida de esta manera, entre la ciudad y sus alrededores, una relación permanente de servicios. El comercio y la industria son indispensables para el mantenimiento de esta dependencia recíproca: sin la importación que asegura al aprovisionamiento y sin la exportación que la compensa gracias a los objetos de cambio, la ciudad desaparecería”³⁰.

Incluso el renacer posterior de las urbes en la Alta Edad Media, desde el siglo X, se concentró en principio en aquellas zonas donde comenzó, se inició o se recuperaron las líneas de comercio transregional (como demuestra el éxito inicial de las ciudades de los Países Bajos y de Italia), ya “que la situación geográfica, unida a la presencia de una ciudad o un burgo fortificado, se muestra como condición esencial para un establecimiento comercial”. Por ello, para Pirenne el renacimiento social y económico de la Edad Media se encuentra ligado a los comienzos de la vida urbana (que no se observaba desde el fin del periodo romano), que superaba al viejo burgo feudal (con los nuevos suburbios o los modernos *portus* ingleses y holandeses) y rivalizaba con los señoríos territoriales:

“A medida que se acentúa, a partir del siglo X, el renacimiento comercial de Europa, las colonias mercantiles, instaladas en las ciudades o al pie de los burgos, van creciendo ininterrumpidamente. Su población se acrecienta en función de la vitalidad económica. El movimiento ascendente que se evidencia

³⁰ PIRENNE, Henri: *Las ciudades de la Edad Media*, pp. 120 y ss.

desde sus orígenes continuará de manera ininterrumpida hasta finales del siglo XIII”³¹.

4.- El Imperio de Carlomagno

Sin el impacto del Islam no sería posible la obra de Carlomagno. Un Imperio que se reclamaba romano, pero en realidad era fundamentalmente germano. Y que con él se oficializaba, más allá de fechas o etapas, la verdadera Edad Media. Para Pirenne, con el impacto de la expansión árabe comenzó la transición, y el impacto de la coronación imperial de Carlomagno la culminó. Se oficializaba el tránsito de la Antigüedad clásica (finalmente cristianizada) y su *Romania* persistente, a la auténtica Edad Media y su nueva visión de Europa, al calor de una lucha de civilizaciones entre la Cristiandad europea heredera y el Islam invasor enemigo.

El reino franco de los Merovingios aún pertenecía plenamente a la *Romania* en el sentido civilizatorio para Pirenne, en especial desde la victoria de Clodoveo sobre los visigodos arrianos de Alarico II en Vouillé, y su conversión al catolicismo en la Catedral de Reims con todos sus generales (siendo denominado como el “nuevo Constantino” por los anales, o usando el título de “Cónsul de la Galia”). La dinastía merovingia era romana todavía pese a elementos parciales (como los presentes en la Ley Salia, aunque publicada en latín), y por ello su decadencia vino marcada, especialmente desde la muerte de Dagoberto I, por la interrupción del comercio mediterráneo tras la invasión árabe. Reyes antes absolutos (adoptando la legitimidad y la burocracia romana), pero ahora cada vez más dependientes de los señores territoriales, ante la caída de los ingresos fiscales, y a los que se compraba su fidelidad con la cesión de dominios y la imposición del vasallaje.

El inicio del feudalismo a gran escala conllevó el fin progresivo del Estado merovingio, que desde los años 630 a 632 “se repliega sobre sí mismo y cae en la decadencia” según Pirenne. Gobiernan los mayordomos de palacio sobre los monarcas; esa es la realidad. Y desde el año 688, los mayordomos de la región norteña y más germanizada de Austrasia acabarán por imponer su control sobre los de la región sureña y más romanizada de Neustria. Llegará con ellos la dinastía carolingia al poder en todo

³¹ PIRENNE, Henri: *Mahoma y Carlomagno*, pp. 210 y ss.

el Reino franco, desde las bases belgas y terratenientes del primer Pipino de Landen “el viejo”, en representación de la poderosa aristocracia rural y germanizada del este del país³². Para Pirenne, en este tránsito histórico, el duro mundo rural e independiente del norte (herederos de los francos salios o ripuarios más germanizados) se imponía al educado mundo urbano y comercial del sur (los francos totalmente mezclados o romanizados)³³.

Los Carolingios se entronizarán definitivamente tras el golpe de Estado del tercer Pipino, “el breve” (también mayordomo de Palacio de Austrasia, o región más germánica del territorio franco). Hecho que supone la ruptura final con casi todos los lazos con el *Mare Nostrum*, pese a los intentos de hacerse con el control de Italia. Prima ahora la expansión hacia Europa oriental en fases sucesivas, llevando el eje del Viejo Continente hacia el norte del mismo. Se consumará políticamente la transición, y el antiguo mayordomo se convertirá en el Rey de los Francos, gracias al apoyo de la Santa Sede (con su nombramiento como “patricio romano” desde el 751). Como recoge Pirenne, el Papa, abandonado por el Imperio oriental (romano, pero en tierras griegas con su propio Basileus) y amenazado directamente en Roma por la última invasión germana (los lombardos, también conocidos como “longobardos”), unirá su suerte ya no a Rávena (sede itálica del Imperio, a modo de exarcado) o a Constantinopla (sede oriental del Imperio, dominada por los iconoclastas de León III³⁴), sino a los francos carolingios. No tenía más remedio. Por ello, el Papa legitimará a Pipino y su nueva dinastía carolingia cuando respondió afirmativamente a la segunda opción de la pregunta decisiva que el rey franco le planteó: “la famosa cuestión de saber quién debe ceñir la corona, el que lleva el título de rey o el que ejerce realmente el poder”³⁵.

Pipino siguió siendo, a grandes rasgos, un servidor en la defensa de las “llaves de San Pedro”, pero desde sus feudos de Austrasia, protegiendo puntualmente a Roma de lombardos y bizantinos, y asumiendo como heredad el poder estatal suyo y el de sus colaboradores aristocráticos (a diferencia de los funcionarios romanos o latinos, elegidos meritocráticamente de manera general). Su hijo Carlomagno continuará la

³² RICHE, Pierre: *Les Carolingiens, une famille qui fit l'Europe*, Paris, Hachette, 1983.

³³ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 90 y ss.

³⁴ HALDON, John: “Iconoclasia en Bizancio: mitos y realidades”, en *Anales de historia antigua, medieval y moderna*, nº 42, 2010, pp. 55-68.

³⁵ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 100 y ss.

política italiana de su padre, aunque creará un nuevo Imperio, ya no romano sino europeo. No se considerará más un *patricius Romanorum*, sino que actuará como un protector de la Cristiandad desde su poder conquistado y no delegado. Necesita la legitimidad de Roma, como era obvio para tales pretensiones, pero su misión ya no mira al Mediterráneo sino al norte de Europa. Carlomagno era coronado por el papa Esteban II en Roma el 25 de diciembre del año 800, siguiendo la forma bizantina de la *acclamatio*, aunque ya no en nombre del pueblo romano sino como jefe político y protector de la *Ecclesia* frente a herejes e invasores³⁶. Según Pirenne:

“Su título imperial no tiene significado laico, a diferencia del antiguo emperador romano. El acceso de Carlos al Imperio no corresponde a ninguna institución imperial. Pero, por una especie de golpe de Estado, el patricio que protegía a Roma se convierte en el emperador que protege a la Iglesia”.

Karolus se convertía en el primer gobernante de origen germánico de un Imperio que se reclamaba romano, pero que tenía su núcleo de poder entre el Sena y el Rin, y que se proclamaba “defensor de la Iglesia”. En la antigua Roma hubo emperadores hispanos, ilirios o tracios, pero todos de origen provincial puramente romano; y a última hora los generales y reyes godos apoyaron, en ocasiones, a sus emperadores preferidos o necesarios (como cuando el *magister militum* bárbaro Gundebaldo puso en el trono imperial a Glicerio). Pero el piadoso y santo emperador Carlomagno suponía la definitiva ruptura con *Romania*: los cargos públicos ya no serán electivos sino hereditarios, los poderes terratenientes norteños se alzarán frente a los comerciantes sureños, la cultura oficial será religiosa al desaparecer las grandes escuelas de tradición romana (señalando Pirenne la muy escasa formación del propio Carlomagno), no tendrá su poder en Roma (donde no vive) sino en el norte de Europa (con Aquisgrán, su residencia favorita)³⁷, y renuncia a las costas del *Mare Nostrum* (reconociendo el dominio en el sur de Italia de los bizantinos, y evitando el conflicto en la vieja Hispania) por la evangelización de germanos, ávaros y eslavos en las fronteras orientales.

“El poder que ha recibido hace de él no un emperador, sino el emperador. No puede haber dos emperadores, del mismo modo que no puede haber dos papas. Carlos es el emperador de la iglesia tal y como la concibe el papa, de la Iglesia romana en el sentido de Iglesia universal. Es *serenissimus Augustus, a Deo coronatus, magnus, pacificus, imperator*, Obsérvese que no se denomina

³⁶ BARBERO, Alessandro: *Carlomagno*, Barcelona, Ariel, 2001, pp. 15 y ss.

³⁷ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 150 y ss.

Romanorum imperator, ni semper Augustus. Agrega solamente Romanorum gubernans imperium, expresión bastante vaga que precisan las dos realidades Rex francorum et Longobardorum”³⁸.

Es un emperador cristiano y solo formalmente romano, europeo y no mediterráneo, reflejando esta transición civilizatoria, legitimado por una Iglesia que ha perdido sus diócesis en Asia y en África y se ha distanciado definitivamente de la herencia imperial de Constantinopla³⁹.

“El Imperio carolingio presenta el más sorprendente contraste con el bizantino. Es puramente terrestre, porque está embotellado. Los territorios mediterráneos, antaño los más vivos en estos países que mantenían la vida del conjunto son hoy los más pobres, los más desiertos, los más amenazados. Por primera vez en la historia, el eje de la civilización occidental se ha visto empujado hacia el Norte, y durante muchos siglos se mantendrá entre el Sena y el Rin. Y los pueblos germánicos, que no han desempeñado hasta el momento sino el papel negativo de destructores, van a verse llamados a desempeñar ahora un papel positivo en la reconstrucción de la civilización europea. La tradición antigua se rompe porque el Islam ha destruido la vieja unidad mediterránea”⁴⁰.

El histórico y mediterráneo equilibrio de la *Romania* saltaba por los aires (tras sobrevivir tres siglos de turbulencias bárbaras), entre los sucesores de la Hégira de Mahoma y los reinos feudales generados por Carlomagno. Y así, el antiguo Imperio Romano desaparecía tanto como civilización (en Occidente) como poder (en Oriente), quedando como civilización culta, boato político, y como Iglesia católica y universal. Le sucedía el germanizado Imperio carolingio como poder terrenal al servicio de la Cristiandad continental, mientras se helenizaba por completo el que al final será conocido como Imperio Bizantino (aunque hasta su final, siempre se definió a sí mismo como *Imperium Romanum* y su gobernante será el *Βασιλεία Ῥωμαίων* o “Basileus Romano”)⁴¹. Y ambos Imperios romanos se ignorarán mutuamente durante su coexistencia, como recogía Pirenne:

“El germanismo comienza su papel. Hasta entonces la tradición romana había continuado. Ahora va a desarrollarse una civilización romano-germánica original. El Imperio Carolingio, o mejor dicho el Imperio de Carlomagno, es el marco de la Edad Media. El Estado en que se basa es sumamente débil y se

³⁸ *Ibid.*, p. 188.

³⁹ *Ibid.*, pp. 187-188.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 151.

⁴¹ CHRYSOS, Evangelos: *El Imperio bizantino 565-1025*. Barcelona, Icaria Editorial, 2005.

hundirá. Pero el Imperio subsistirá como unida superior de la cristiandad occidental”⁴².

5.- La Europa medieval

La transición histórica analizada demostraba, para Pirenne, que el comienzo real de la Edad Media no se debía situar en las invasiones germánicas del siglo V y en la caída final de Roma. Serán, al contrario, las conquistas islámicas del siglo VII y su profunda transformación asociada las que pongan la fecha de inicio real de esta etapa medieval. Así afirmaba Pirenne que:

“Antes del siglo VIII, lo que existe es la continuación de la economía mediterránea antigua. Después del siglo VIII hay una total ruptura con esa misma economía. El mar está cerrado. El comercio ha desaparecido. Nos hallamos ante un imperio cuya única riqueza es la tierra y en el que la circulación de bienes muebles está reducida al mínimo”⁴³.

Los datos eran evidentes para Pirenne. Se había fracturado el sistema monetario basado en el oro (con su transformación por el de la plata); el denario de plata se convertía, por ello, en la moneda real (más adecuada al pequeño y restringido intercambio interno) frente al antiguo sólido de oro (más necesario para el gran negocio internacional). El comercio externo aún posible se focalizaba en los puertos del norte, mientras en el Mediterráneo occidental éste era monopolizado por la próspera España musulmana (mientras el sur de la Galia se empobrecía año tras año) o centrado en comerciantes judíos. La Iglesia continental crecía exponencialmente, en una economía basada en la transacción territorial, gracias a las donaciones materiales de reyes y fieles. Y los reyes perdían su soberanía e independencia real a falta de ingresos suficientes (por peajes e impuestos) para tener ese Tesoro Real capaz de dominar a los unos y a los otros. Cuatro manifestaciones de una nueva sociedad modelada, paulatinamente, por un comercio en crisis y una posición social ligada a la posesión de la tierra, que fragmentará el poder entre aristocracias locales y feudales. Como señalaba Pirenne, “después, toda intervención real desaparece en la anarquía del feudalismo, por encima de la cual sigue flotando el espejismo del Imperio cristiano. Es la Edad Media”⁴⁴.

⁴² PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, p. 189.

⁴³ *Ibid.*, pp. 150 y ss.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 140 y ss.

A nivel político, desde Carlomagno se certifica la transformación sustancial de la organización política europea. Los carolingios crean un sistema sobre bases germanas y norteañas, entre la lealtad real de origen señorial-feudal y el sueño de encabezar un Imperio cristiano (intitulado “romano-germánico” finalmente). Pero un Imperio protector de la Cristiandad, que rompe con la laicidad política de la *Romania*, que la profesaba como religión oficial y que cuidaba a su Iglesia, pero que no se sometía a ella ni como legitimación ni como deudora. Ahora, el rey carolingio sustentaba su justificación desde la gracia de Dios (*Dei gratia rex Francorum*) y Roma era objeto de su protección dentro de sus murallas y fuera de ellas. Y a nivel civilizatorio, varios hechos claves: la Iglesia adquiere el rol predominante en la vida y muerte de los pueblos europeos, a nivel cultural, social e incluso académico, frente a las herencias clásicas; el idioma común deja paso a los primeros esbozos de los dialectos romances o germanizados en el habla popular, dejando el latín de ser lengua viva para convertirse en lengua culta; y se imponía una nueva forma de escritura (la minúscula carolingia) como estilo estándar en Europa. Para Pirenne: “Con diferentes matices según las regiones, Europa, dominada por la Iglesia y el feudalismo, adquiere una fisonomía nueva. La Edad Media, por conservar la locución tradicional, comienza”⁴⁵.

6.- Una Europa cristiana

Desaparecía *Romania* y comenzaba Europa. La Europa católica impulsada por un extenso Imperio continental y germano, pero realmente efímero. El todopoderoso rey franco Carlomagno se coronaba como *Imperator Romanorum*, aspirando a unir esta Europa medieval naciente, desde el viejo sur romano (no llegando más allá de la Marca hispánica y a ciertas regiones del Italia) y el emergente norte germánico (frenado posteriormente por los ataques normandos)⁴⁶. Pero fue un momento puntual: el llamado “renacimiento carolingio” unió el este y oeste del Viejo continente, pero poco más allá de su reinado; mejoró los indicadores económicos respecto a los últimos años merovingios y en algunas regiones (las ciudades en los Países Bajos o en Venecia), pero que en general eran peores que en los años centrales de la civilización romana; se expandió con fuerza hacia el oriente europeo (superando el Danubio), pero dejó en

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 60 y ss.

⁴⁶ ISLA FREZ, Amancio: *La Europa de los carolingios*, Madrid, Síntesis, 1993.

manos musulmanas las viejas costas mediterráneas; y finalmente su Imperio se dividió a su muerte (entre sus hijos Carlos el Joven, Pipino IV de Italia y Ludovico Pío) como estaba fragmentado el espacio vital franco con el creciente feudalismo que se expandió sin freno (como recogía Georges Duby⁴⁷).

Su misión ya no era la dominación absoluta y laica del Mediterráneo, sino la dominación personal y religiosa de la Cristiandad. El Imperio de Carlomagno no hablaba a los ciudadanos romanos sino al pueblo europeo y cristiano, como subrayaba Pirenne:

“Este nuevo Imperio es puramente interior, de tierra adentro, y no tiene ya por capital a Roma, sino a Aquisgrán (Aix la-Chapelle); en él domina el elemento bárbaro, pero todos aquellos pueblos a los que el conquistador somete a su autoridad, vinculados por una misma creencia religiosa, se sienten miembros de una sola y vasta comunidad, y se consideran un único pueblo: el pueblo cristiano”⁴⁸.

Carolus Magno, rey de los francos desde 768 y de los lombardos desde 774, era coronado como gobernante de un *Imperium Christianitatis* (como subrayaba Alcuino) de la mano de una Iglesia romana y occidental que necesitaba un poder político real o simbólico capaz de unir a sus viejos y nuevos fieles, ante la amenaza islámica y la separación bizantina. Y por ello, pasaría a la historia como el mismísimo “padre de Europa”⁴⁹. Pero de una Europa marcada por el ideal del *regnum christianitatis* que marcaría a grandes rasgos el ascendiente de la legitimidad divina del poder (o la aspiración a ello) de los monarcas europeos hasta el advenimiento de la reforma ilustrada y la revolución industrial. Carlomagno llevó la fe a tierras ignotas, hizo oficial el Credo de Nicea, y se consideró el claro sucesor del mismo Constantino y su *imperium universal y cristiano*⁵⁰.

El Imperio franco duró poco, realmente. Pero marcó el camino para Europa durante los siglos medievales, tras Carlomagno (con el fracaso de unirse matrimonialmente con la emperatriz bizantina Irene, apenas usando por ello el nuevo

⁴⁷ Como en una de sus obras cumbre: DUBY, Georges: *Guerreros y Campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

⁴⁸ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 70 y ss.

⁴⁹ RICHÉ, Pierre: *The Carolingians: A Family Who Forged Europe*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1993, p. XVIII.

⁵⁰ OTTONELLO, Pier Paolo: “Del «Imperium» al Sacro Romano Imperio”, en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, Nº. 3, 1997, pp. 109-120.

título) y su hijo Luis el Piadoso. Neustria acabará dando lugar al pueblo francés, diferenciado progresivamente desde la Isla de Francia y la posterior dinastía de los Capetos (*Francia Occidentalis*). Austrasia dará forma a los pueblos más germanizados, bien en la zona fronteriza de los Países Bajos (entre valones, neerlandeses y luxemburgueses), bien en la zona alemana (con frisios, sajones, lotaringios o bávaros), fragmentada política pero unida económica y culturalmente con su posterior *Drang Nach Osten* (o *Ostsiedlung*), o expansión hacia el este que llevaría los límites europeos hasta las tierras eslavas y túrquicas (supuestamente creando el *Lebensraum* germánico por los Caballeros Teutones). E Italia se mantendría hasta su final unificación como patio trasero dividido por la influencia germano-austriaca y la naciente presencia hispana (básicamente de los intereses catalanes de la emergente Corona de Aragón).

Esta era la primera y auténtica gran identidad europea. Un continente que comienza a considerarse el nuevo centro del mundo, más allá de las viejas costas meridionales, con la comunidad de civilización medieval y cristiana que fusiona lo que queda de la Antigüedad y anuncia la novedad medieval, desde el instrumento puntual en manos de Carlomagno y sus herederos inmediatos. El elemento germánico es ahora predominante, para Pirenne, y ahora se mantiene parcialmente romanizado por obra y gracia de la Iglesia (en misión más allá del Rhin), y las estructuras de dominación y gestión se feudalizan ante el repliegue del Mediterráneo, organizando la vida política, social y económica, globalmente, hasta el Renacimiento. Y en este proceso la Iglesia jugará un papel decisivo: ante el caos del siglo VIII, será refugio del latín como lengua culta, tendrá el monopolio de la cultura ante reyes guerreros y administraciones públicas muy pobres, suministrará a la autoridad los letrados y consejeros de gobierno, y mantendrá la identidad común tras la disolución política tanto del Imperio Romano primero, como del Imperio Carolingio después. Pirenne tenía que reconocer con ello:

“Ya no hay bárbaros. Hay una gran comunidad cristiana tan amplia como la Ecclesia. Y esa Ecclesia sin duda mira hacia Roma, pero Roma se ha apartado de Bizancio y es preciso que mire hacia el norte. Occidente vive ahora su propia vida. Se dispone a desplegar sus posibilidades, sus virtualidades, sin recibir más consignas que las de la religión”⁵¹.

⁵¹ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 226-227.

Tras el fin del proyecto carolingio y tras cuatro décadas de ausencia (924-962), la dignidad imperial acabaría en manos de los francos orientales o pueblos alemanes. En el año 962 el Papa romano coronaría a un nuevo Emperador, Otón “El Grande”, naciendo el llamado Sacro Imperio romano-germánico (*Heiliges Römisches Reich*), ligado a los monarcas formales de una confederación de reinos y ciudades alemanas y austriacas (con sus estados vasallos eslavos o italianos) durante un milenio. Hasta las diferentes guerras de religión, que fracturaron la Europa continental, espiritual y políticamente, fue el protector formal de la primera unidad católica, expandiendo la fe (como a los magiares), pero intentando imponer su autoridad política en la influencia universal de Roma y manteniendo la división territorial de la península itálica (en la continua lucha por el *Dominium mundi* entre el poder espiritual y el terrenal, como demostró el conflicto transalpino entre güelfos y gibelinos). A ello se unió la ruptura de la última unidad mediterránea: la religiosa con Constantinopla (aunque fuera formal), tras la excomunión mutua entre el Papa de Roma (San León IX) y el Patriarca oriental (Miguel I Cerulario) en 1054, tras años de recelos persistentes desde las pretensiones del bizantino Miguel III, en plena controversia doctrinal del filioque (por la introducción católica en el Credo niceno de que el Espíritu Santo procedía no solo “del Padre” sino “del Padre y del Hijo”), y ante la lucha por la autoridad ecuménica ante la apertura de las fronteras más orientales de Europa (con nuevos fieles eslavos)⁵².

Esta era la historia de la nueva Europa cristiana y medieval, desde la lucha civilizatoria entre los herederos de Carlomagno y los de Mahoma. Y tras una primera Alta Edad Media donde se pusieron sus bases, pero discutida en su origen por Pirenne, llegaba la Baja Edad Media con dos grandes periodos: la Expansión (siglos XI-XIII) y la Gran Depresión (siglos XIV-XV). En la primera era de la Expansión muchos reyes y pontífices buscaron, de nuevo, abrirse al espacio mediterráneo, eso sí temporal y parcialmente, en la llamada “era de las Cruzadas”. Pero en la posterior fase de la Depresión, pese a la Reconquista española (711-1492) que completó la liberación del norte de Mediterráneo occidental, la zona oriental cayó finalmente en manos islámicas con la caída de Bizancio tras la última ofensiva de los turcos otomanos (1453)⁵³.

⁵² CABRERA MUÑOZ, Emilio: *Historia de Bizancio*, Ariel, Barcelona, 2012.

⁵³ EMECEN, Feridun M.: “1453: la caída de Constantinopla”, en *Desperta Ferro. Antigua y medieval*, Nº. 4, 2011, pp. 44-51.

7.- El fin del *Medievo*

Si la Europa medieval y católica tuvo una génesis de larga y compleja duración (durante la era de las invasiones germanas en plena *Romania*), lo mismo ocurría en su mismo epílogo para Pirenne. Todo tiene un comienzo y un final en la Historia, pero siempre más allá de hechos puntuales o fechas muy concretas; se dan bajo procesos donde lo nuevo y lo viejo se deben mutuamente.

El ocaso de la Edad Media se gestó también durante dos siglos (como la anterior *Romania*), los que separaban “la llegada de Felipe el Hermoso y el inicio de las guerras en Italia, de la caída del dominio de Carlos de Anjou en el Mediterráneo y los grandes descubrimientos”. En 1285, con el ascenso de Felipe IV de Francia, el edificio medieval se tambaleó profundamente: la Iglesia y el Imperio, los dos pilares del orden político, perdieron en gran parte su prestigio, y el imperfecto equilibrio entre ambas instituciones se manifestó en la “Querrela de las Investiduras” (1075-1122)⁵⁴; mientras, el orden social fundado en el feudalismo se veía restringido paulatinamente por nuevos poderes monárquicos más centralizados. Entre esa fecha y 1380 se apreciaba, para Pirenne, la lenta desintegración de “todo lo que caracterizó al mundo medieval”. Pero como siempre recordaba: “para que el viejo estado de cosas se desvanezca, al menos en la medida en que las cosas se desvanecen en la historia, serán necesarios doscientos años de luchas, de crisis incesantes, en las cuales, a primera vista, es difícil distinguir los principios rectores”⁵⁵.

Durante esa centuria el *Medievo* sobrevivió, aunque con “las semillas de destrucción que llevaba en su interior” y que llevaban al “inevitable declive”. Occidente comenzaba a ser el “centro del mundo” (ante la ruina bizantina y la división musulmana), pero desde “un particularismo universal” que impedía una efectiva “unión de la cristiandad bajo la autoridad dual del Emperador Romano y el Sucesor de Pedro”. Para Pirenne, la espada temporal y la espada espiritual mostraban públicamente el “magnífico ideal inspirado tanto por la Roma pagana como por la Roma cristiana”, pero

⁵⁴ ALEGRE PEYRÓN, José María: “La Querrela de las Investiduras”, en *Historia y vida*, Nº. 197, 1984, pp. 36-54.

⁵⁵ PIRENNE, Henri; RENAUDET, Augustin; PERROY, Edward; HANDELSMAN, Marcel y HALPHEN, Louis: *La fin du moyen âge. Tome I. La désagrégation du monde médiéval (1285-1453)*, Paris, Les Presses Universitaires de France, 1931, p. 8.

que en realidad “había resultado impracticable en la práctica”⁵⁶. La relación “entre el sacerdotium y el *regnum*” era el ideal de referencia en la Europa medieval, pero había demostrado cada vez más difícil su colaboración pacífica, al reclamar continuamente cada uno de esos poderes la autoridad suprema de la Cristiandad en un escenario de fragmentación política, social y económica acusada bajo el feudalismo. Y bajo esta rivalidad, según Pirenne, el Papado había logrado desactivar los intentos centralizadores del Imperio una y otra vez, lo que provocó que:

“su enemistad se extendió por todo Occidente. Reyes, príncipes feudales, comunas urbanas se habían embarcado en esto, a veces a petición de los propios adversarios, la mayoría de las veces por consideración de sus propios intereses. Y estos intereses casi siempre los habían llevado, para escapar del poder temporal, y por tanto inconveniente, del emperador, a ponerse del lado del papado. La victoria de este último, para considerar las cosas desde arriba, había contribuido en gran medida a liberar a la realeza nacional de la preeminencia reclamada por los césares germánicos, a fundar en Alemania la independencia de los príncipes territoriales, a que las ciudades lombardas rompieran la tutela teutónica impuesta”⁵⁷.

En este escenario de división y enfrentamiento, abierto o disimulado, en la Iglesia el Papa Bonifacio VIII reafirmó la “supremacía del magisterio espiritual” como protector de las ciudades y feudos frente a las pretensiones monárquicas; en el Imperio, desde 1312 el duque Luis de Baviera ideó la nueva aventura imperial del emperador Federico II de Hohenstaufen (siendo elector y Conde Palatino del Rin); y en el feudalismo, franceses e ingleses se pelearon durante la “Guerra de los cien años” (1337-1453)⁵⁸ por lealtades y vasallajes⁵⁹. Comenzaba una etapa de protectores y de ligas en defensa de los intereses de cada monarquía, de cada ciudad o de cada feudo. Para Pirenne⁶⁰:

“Tan profunda es la humillación del Imperio que pareció por un momento después de 1250 a ser tarde para pensar en ello. Ni el Papa ni los príncipes que lo tenían lo hubieran consentido. Unir a las ciudades a la causa monárquica fue aún más quimérico. Para eso, habrían tenido que sentir la necesidad de un protector, y esta necesidad no la sentían: en caso de peligro, las ligas en las que entraron eran suficientes para garantizar su independencia. ¿Podría un líder al menos

⁵⁶ *Ídem*, pp. 11.

⁵⁷ *Ídem*, pp. 11-12.

⁵⁸ Denominada por primera vez así en la obra *Tableau chronologique de l'Histoire du Moyen Âge* de Chrysanthe Desmichels.

⁵⁹ MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *La guerra de los cien años*, Madrid, Alba Libros, 2005.

⁶⁰ PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 8-9.

haber unido a la nación contra el extranjero y, aprovechando las invasiones francesas en la frontera occidental, ponerse a la cabeza e imponerse en ella como su defensor?”.

Esta interminable *Guerre de Cent Ans*, y varios hechos fundamentales más, aceleraron el proceso histórico. En primer lugar, el “Cisma de la Iglesia Occidental” (1378-1410) mostró la debilidad política de la Santa Sede (tras el Pontificado de Aviñón), poniendo las bases del fin de la “unidad católica” de la Cristiandad; el creciente poder terrenal enfrentaba a los antiguos hermanos galos y germanos a la hora elegir a su propio Pontífice, y en el seno de la misma Iglesia crecían doctrinas y movimientos críticos o “revolucionarios” (de Guillermo de Ockham a Juan Hus) de tanta importancia siglos después⁶¹. En segundo lugar, el Imperio se veía presionado cada vez más por escandinavos y eslavos (que no solo frenaban la expansión hacia el este, sino que incluso atacaban sus fronteras), y además perdió su papel moderador ante el emergente modelo de una monarquía más centralizada en Francia (iniciada con Luis XI “el astuto”), tras el comienzo del derrumbe del poder feudal en la guerra (quizás ejemplificado en el Tratado de paz de Picquigny en 1475 con Eduardo IV de Inglaterra). Y, en tercer lugar, el viejo enemigo islámico, supuestamente controlado, comenzaba otra vez a avanzar sin freno posible: los otomanos conquistaban la península balcánica, amenazaban a Europa central, y se hacían, tras siglos de intentos, con la joya de la corona, la milenaria Constantinopla. La caída de la “segunda Roma” tuvo un impacto brutal para el mundo medieval y cristiano, ya que para Pirenne, “la caída de Constantinopla en 1453 es la derrota más rotunda que el Islam ha infligido a la cristiandad”. Por ello, el Papa Pío II exclamó al conocer la noticia: “esta es la segunda muerte de Homero y también la de Platón. Ahora, Mahoma reina entre nosotros. El peligro turco pende entre nosotros”⁶².

Acababa el *Medievo* y se iniciaba el Renacimiento. Entre 1453 y 1492 “sobre las ruinas acumuladas por todas partes, Europa buscó fundar los principios de su restauración”. Nacía otra Europa cristiana, pero rota en su unidad religiosa católica (básicamente tras la Reforma Protestante), dividida en Estados monárquicos camino del absolutismo y con creciente centralización (desde la llamada “*raison d'etat*”), con sus

⁶¹ VALDEÓN BARUQUE, Julio: *La baja edad media*, Madrid, Anaya, 1990.

⁶² PIRENNE, Henri: *op. ult. cit.*, pp. 9-10.

lenguas nacionales más allá de los primeros romances de origen latino, y abierta a un nuevo mundo de posibilidades comerciales: la vía atlántica y los nuevos descubrimientos. Gobernantes poderosos y autónomos impulsaban este “renacer” (de la arquitectura a las letras) y, por ello, “el espíritu humano se renueva” subrayaba Pirenne, con los primeros “humanistas” entre la reforma y la herejía: los escolásticos parisinos del siglo XIV y su ciencia positiva, la tradición del método de Nicolas de Cusa, la literatura en romance “vulgar” de Petrarca (con su *Canzoniere*), o la crítica textual de Laurent Valla y la crítica escritural de Wyclif.

“Así, hacia el declive del siglo XV, mientras en los países de Oriente se aceleraba la decadencia de las antiguas civilizaciones de Asia y del Islam, la cristiandad occidental, en un escenario de formas heredadas de la Edad Media y formas ya modernas, explora desconocidas rutas”⁶³.

Llegaba el fin de la Edad Media, a la que Pirenne conceptuaba desde una interpretación diferente, y hasta cierto punto complementaria, a la hasta ese momento consensuada y que aún persiste como marco general de referencia. Pero su noción, como todas las que abordan revisiones documentadas, nos ayuda a mirar más allá. Sobre lo que realmente pudo pasar y sobre lo que vendría posteriormente. Porque se abría una Edad Moderna que, como hemos señalado anteriormente, no era un simple “ruptura histórica” tajante: existían elementos de cambio, pero también de continuidad. En cuanto a la Iglesia, el Viejo Continente dejó de ser globalmente católico de manera oficial tras la Paz de Westfalia (1648), que ponía fin a las sucesivas “Guerras de religión”⁶⁴, pero que escondían realmente intereses políticos, económicos y territoriales gestados previamente (la Guerra de los campesinos alemanes, de Kappel en Suiza, de Esmalcalda, de los Ochenta Años en los Países Bajos, de religión de Francia, de los Treinta Años en el Sacro Imperio, de los Tres Reinos, el conflicto civil en la Reforma Escocesa y en la Reforma anglicana y la Guerra Civil, la confederada de Irlanda, de los Nueve Año, y la Nórdica). En lo referente al Sacro Imperio romano-germánico, los Otónidas, los Salios, los Hohenstaufen y los Habsburgo mantuvieron el sueño de esa “dignidad imperial”⁶⁵, bajo una entidad político-territorial confederal en pleno corazón

⁶³ *Ibid.*, p. 10.

⁶⁴ RUIZ IBÁÑEZ, José Javier: “La edad del absolutismo confesional: las guerras de religión”, en *Historia del cristianismo*, Vol. 3, 2006, págs. 319-366.

⁶⁵ ENGELS, Odilo: “El Sacro Imperio Romano-Germánico”, en *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, Nº 14-15, 1993-1994, pp. 49-55.

de Europa durante siglos, en teoría como forma supranacional pero realmente como pretendida unidad de los pueblos de habla germana ya anunciada en pleno *Medievo*. Y en la citada etapa de Depresión final de la era medieval, se pusieron las bases reactivas para la eclosión de los nuevos estados modernos (absolutos y pre-nacionalistas), de un potente desarrollo humano (cultural y económico), y de una emergente misión expansiva, para determinados autores el germen de la primera “globalización mundial”⁶⁶, marcada por los grandes descubrimientos comerciales y geográficos que abrieron nuevas rutas y conocieron nuevos mundos (de la Ruta de la Seda oriental al cabotaje atlántico occidental).

Bibliografía

AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio: *La corriente de los Annales y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia*, México, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, 1998.

ALEGRE PEYRÓN, José María: “La Querrela de las Investiduras”, en *Historia y vida*, Nº. 197, 1984, pp. 36-54.

BARBERO, Alessandro: *Carlomagno*, Barcelona, Ariel, 2001.

BAUER, Wilhelm: *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Bosch, 1970.

CABOT, José Tomás: “Justiniano: el gran emperador de Bizancio”, en *Historia y vida*, Nº. 401, 2001, pp. 40-49.

CABRERA MUÑOZ, Emilio: *Historia de Bizancio*, Ariel, Barcelona, 2012.

CHRYSOS, Evangelos: *El Imperio bizantino 565-1025*, Barcelona, Icaria Editorial, 2005.

DALE LYON, Bryce: *Henri Pirenne. A Biographical and Intellectual Study*, Gand, Story-Scientia, 1974.

- “Henri Pirenne's Réflexions d'un solitaire and his re-evaluation of history”, en *Journal of Medieval History*, Volume 23, Issue 3, 1997, pp. 285-299.

DUBY, Georges: *Guerreros y Campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

EFFROS, Bonnie: “The Enduring Attraction of the Pirenne Thesis”, en *Speculum*, n.º 92/1, 2017, pp. 184-208.

⁶⁶ Véase VV.AA.: “El comercio internacional del siglo XVI. Los descubrimientos geográficos, el inicio del proceso de globalización de la economía mundial”. Ateneo mercantil, 2019, Cfr. Saskia SASSEN, *La ciudad global*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

- EMECEN, Feridun M. “1453: la caída de Constantinopla”, en *Desperta Ferro. Antigua y medieval*, Nº. 4, 2011, pp. 44-51.
- ENGELS, Odilo: “El Sacro Imperio Romano-Germánico”, en *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, Nº 14-15, 1993-1994, pp. 49-55.
- GARCÍA-MURGA VÁZQUEZ, José Ramón: *El Dios del amor y de la paz*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1991.
- HALDON, John: “Iconoclasia en Bizancio: mitos y realidades”, en *Anales de historia antigua, medieval y moderna*, nº 42, 2010, pp. 55-68.
- ISLA FREZ, Amancio: *La Europa de los carolingios*, Madrid, Síntesis, 1993.
- DECARREUX, Jean: *Les Moines et la civilisation en Occident: des invasions à Charlemagne*, Paris, Arthaud, 1962.
- KOSSELLECK, Reinhart: *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Editorial Trotta, 2013.
- LE GOFF, Jacques: *La Historia medieval contada a los jóvenes*, Barcelona, Paidós, 2017.
- LÓPEZ DE LA PARRA, Manuel: “Henri Pirenne, el historiador y el ideólogo”, en *Investigación Económica*, Vol. 43, nº 170, octubre-diciembre de 1984, pp. 331-349.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio: *La guerra de los cien años*, Madrid, Alba Libros, 2005.
- OSTROGORSKY, Georg: *Historia del estado bizantino*, Madrid, Akal, 1983.
- OTTONELLO, Pier Paolo: “Del «Imperium» al Sacro Romano Imperio”, en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, Nº. 3, 1997, pp. 109-120.
- PERNOUD, Régine: *Para acabar con la Edad Media*, Mallorca, Ed. José J. De Olañeta, 1998.
- PIRENNE, Henri, *Historia económica y social de la Edad Media*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- *Las ciudades de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- PIRENNE, Henri; RENAUDET, Augustin; PERROY, Edward; HANDELSMAN, Marcel y HALPHEN, Louis: *La fin du moyen âge. Tome I. La désagrégation du monde médiéval (1285-1453)*, Paris, Les Presses Universitaires de France, 1931.
- POTTER, David: *Constantino el Grande*, Madrid, Crítica, 2013.
- RICHE, Pierre: *Les Carolingiens, une famille qui fit l'Europe*, Paris, Hachette, 1983.
- *The Carolingians: A Family Who Forged Europe*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1993.
- RUIZ IBÁÑEZ, José Javier: “La edad del absolutismo confesional: las guerras de religión”, en *Historia del cristianismo*, Vol. 3, 2006, pp. 319-366.
- SASSEN, Saskia: *La ciudad global*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- SERGI, Giuseppe: *La idea de Edad Media. Entre el sentido común y la práctica historiográfica*, Barcelona, Editorial Crítica, 2001.

VALDEÓN BARUQUE, Julio: *La baja edad media*, Madrid, Anaya, 1990.

VERHULST, Adriaan: “Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note”, en *Revue belge de Philologie et d'Histoire Année*, nº 79-2, 2001, págs. 507-510.